

Asamblea Inicio Año Pastoral 2021

Junto con saludarlos con inmenso afecto quiero agradecer al Papa Francisco por estos ya dos años y medio en que he tenido el inmenso regalo de conocer poco a poco la riqueza y la diversidad de esta Iglesia, agradecer a cada uno de ustedes la acogida generosa y sincera que me han dispensado en este periodo como “Administrador Apostólico” que me ha dado la preciosa oportunidad para aprender a quererlos y a sentirme en casa con ustedes. Y hoy debo agradecer al Santo Padre por invitarme a asumir de un modo más pleno este oficio de Padre y Pastor como Obispo de Talca.

Le he respondido de inmediato que acepto. Lo hago con alegría y con confianza porque he sido testigo de cómo su mano bondadosa y providente no nos abandona. Si solo mirara mis competencias o capacidades tendría que rechazar el desafío. Pero cuento con Él, juntos contamos con Él. Somos Iglesia del Señor. Humildes vasijas de barro que llevamos un tesoro. Jesús, el Buen Pastor que nunca abandona a su Iglesia.

He respondido de con alegría y confianza pese a mi fragilidad y a los complejos desafíos que enfrentamos como Iglesia y en la sociedad además porque en este tiempo he podido conocer los distintos rostros de esta Iglesia urbana y rural, activa y contemplativa, solidaria y orante, comunitaria, participativa y devocional. De notables obras de caridad, de sólidos proyectos educativos, de múltiples fiestas religiosas y santuarios, de innumerables comunidades tejidas por la participación de gente sencilla, que cultiva su fe y procura compartirla con sus vecinos.

El viernes pasado, cuando el nuncio me preguntó si estaba disponible, me propuso que la nominación se podría publicar precisamente en este día. Le dije que me parecía estupendo porque teníamos previsto esta asamblea de inicio pastoral. Me pareció un regalo providencial. Además, pegaditos al día de San José, patrono de la Iglesia. En este año en que el Papa nos ha invitado a aprender de su servicio humilde y a contar con su compañía providente. Gracias Señor.

Inicio de Año pastoral

Nos unimos una vez más, de este modo virtual, para dar inicio a un nuevo año pastoral. Lo hacemos con alegría por el afecto que nos une pese a que habríamos preferido encontrarnos “presencialmente”. “Iniciamos” un año con muchas incertidumbres; en realidad no sabemos cuándo podremos “recomenzar”, cuando será posible reunirnos, compartir cara a cara, celebrar la fe en nuestras comunidades y en fin, retomar nuestra vida de Iglesia.

La expectativa de un cambio rápido gracias a la masiva campaña de vacunación se ha visto confrontada por niveles de contagio muy altos que nos mantienen con limitaciones sanitarias muy exigentes. En rigor, las autoridades han señalado que el efecto de la vacuna recién se comenzará a manifestar a fines de abril y solo será más completa a fines de julio. Es claro que tendremos que convivir con el riesgo de esta enfermedad por mucho tiempo más, tal vez todo este año y quien sabe cuánto tiempo más.

Además, la superación “sanitaria” de la pandemia será solo un primer paso. Las consecuencias sociales, psicológicas, e incluso espirituales son muy profundas y, creo que estamos lejos de reconocerlas con claridad. Entre otras me atrevo a señalar:

El temor: La amenaza del contagio ha gestado un temor al encuentro muy fuerte que empuja al distanciamiento y al encierro. Probablemente tomará tiempo restablecer muchos espacios comunitarios.

El desgaste: Es probable que este año nos cueste mucho más “echar a andar” nuestro andar comunitario y pastoral. El esfuerzo gigantesco y muy creativo que juntos hicimos el año pasado ha permitido mantener vínculos, sostener las comunidades, acompañarse en esta inusual realidad restricciones al encuentro físico. Pero ha habido también un desgaste en muchos sentidos, entre otros en la dificultad para renovar liderazgos, para incorporar nuevos agentes pastorales.

La pobreza: La pandemia nos ha dejado más pobres a todos. Muchos agotaron sus reservas y no sabemos en qué medida habrá una reactivación económica. Por cierto que esta realidad nos vuelve a exigir un compromiso fuerte, creativo y generoso. Por cierto, también nuestras comunidades: parroquias, capillas, incluso los colegios y las fundaciones de la diócesis se han visto fuertemente afectadas en su

sustento económico y tendrán que aprender a funcionar con mayores limitaciones y austeridad.

El Clima social: A la incertidumbre sobre el proceso de “retorno” post-pandemia se agregan las preguntas sobre el clima social en que nos encontramos. Sabemos que la pandemia “contuvo” la efervescencia de un movimiento social marcado por la indignación, con exigencias de transformaciones radicales, que despiertan una esperanza pero también muchas desconfianzas, desencuentros y violencias. Es muy probable que este sea un año “convulsionado” por las demandas sociales, por el debate político, con un proceso eleccionario muy complejo, que ya está a la puerta, y luego con elecciones de Presidente, Senadores, Diputados y Consejeros Regionales para fin de año.

Contexto de cambios

Las complejas experiencias que hemos enfrentado en los últimos años, la crisis eclesial, el estallido social y la pandemia, que han provocado cambios profundos y hasta disruptivos nos han enseñado algo muy bueno: “cada día tiene su propio afán”. En un contexto de tantos cambios no tiene sentido hacer programas detallados, más bien debemos enfrentar las circunstancias que se nos presentan con buena disposición, con inmensa creatividad y con la confianza puesta en Dios que nunca abandona a su pueblo. Hay que estar atentos a las oportunidades que se nos presentan y siempre dispuestos a cambiar el programa.

Eso mismo nos ha liberado de atarnos a programas rígidos, a creer que proyectar un nuevo año pastoral es llenar la agenda con actividades, que muchas veces terminan pareciéndose mucho al año anterior, y considerar que caminar en comunión de Iglesia es cumplir con estas tareas establecidas. En los últimos años hemos comprendido que más bien debemos cultivar la capacidad de “discernimiento” para vivir no tanto preocupados de cumplir con el programa sino de responder a las insinuaciones del Espíritu Santo en medio de la historia vivimos juntos. No dejamos de compartir un programa, con algunos procesos o actividades que esperamos realizar, pero lo fundamental no está en ellas sino en el horizonte común hacia el que nos encaminamos.

En este espíritu me permito recordar estas guías que hemos acordado como horizontes que nos unen en el camino.

1. Jesús en el Centro. En medio de tantos cambios es importante no perder de vista nuestro centro. Jesús sigue siendo el mismo. Su buena noticia es la que nos convoca y nos anima. Conocerlo, seguir su camino, crecer en su amor, anunciar su buena noticia es lo fundamental. La conversión fundamental es esa. Necesitamos ardientemente que todo en la Iglesia respire el suave olor a evangelio: la fragancia de Jesús. Qué lo que hagamos recuerde a Jesús, que el modo como lo realicemos sea con el estilo de Jesús, que la palabra que pronunciemos no sea otra sino la de Jesús.
2. Mirar continuamente la realidad con actitud de discernimiento. Cuando el cambio parece ser lo único que permanece necesitamos ejercitarnos en el discernimiento, esto es la capacidad de reconocer los signos de presencia del Espíritu Santo en medio del tiempo que vivimos, para saber unirnos a su acción. En nuestros encuentros hemos subrayado algunos signos que se convierten en llamadas de Dios:
 - a. Un llamado a comprometerse con la dignidad de las personas. De todos y de todas. Reconocemos un impulso del Espíritu de Dios en el corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo que clama por el respeto a la dignidad. Un hijo de la Iglesia no puede estar ajeno a los anhelos de justicia y dignidad, está llamado a asumir la causa de los pequeños, de los pobres, los excluidos, de los que no tienen voz para hacer valer sus derechos. Un discípulo de Jesucristo no puede mantenerse al margen de las intensas preguntas sociales y políticas porque en ellas se debate sobre los caminos para construir una sociedad más justa, más fraterna, más acorde a la dignidad de los hijos de Dios. La herida de los abusos, dolorosamente también presentes en el seno de la Iglesia, exige un cambio profundo. La prevención de ellos, y el cultivo de ambientes sanos y seguros es parte esencial de la respuesta a este llamado.
 - b. Un llamado a comprometerse con el cuidado de la casa común. La sequía y los incendios. La misma pandemia nos hablan de como

todo está conectado y de cómo los abusos contra la naturaleza se vuelven contra la vida humana. Las respuestas en este ámbito han sido más limitadas.

- c. Un llamado a valorar la familia y a cuidarla, llamado que en la pandemia ha encontrado un desafío y una oportunidad. Conscientes de que no hay solo una forma de ser familia, y de que debemos ser mucho más respetuosos, más abiertos, en la forma de acompañarlas. Hay mucho que hacer en este ámbito. La Iglesia tiene muchos recursos para potenciar la vida familiar. Espero que podamos avanzar en esto durante este año.

Estas tres pistas para nuestro camino necesitan ser asumidas con creatividad. Cada comunidad se tendrá que preguntar cuánto ha avanzado y cuánto le falta por caminar. Sin duda, las limitaciones que nos ha impuesto la pandemia han impedido avanzar como quisiéramos.

Con todo, la actitud de continuo discernimiento no se limita a estos tres signos de los tiempos. En medio de una época marcada por los cambios necesitamos permanecer en esta actitud de atención a la realidad, de búsqueda activa de la voluntad de Dios.

Entre otras realidades emergentes me permito señalar dos que considero nos piden una respuesta.

1. La creciente presencia de los migrantes conlleva un llamado que no podemos desoír. En ellos se juega también el respeto a la dignidad de toda persona humana. No podemos olvidar que Jesús se identificó con la suerte del forastero. La campaña cuaresma de fraternidad ha querido tenerlos presentes. Aprovecho de recordarla ya que no hemos tenido la oportunidad para promoverla como en años anteriores. Por cierto, no se trata solo de reunir dinero para apoyarlos, se trata de tenerlos presente, de comprender la realidad que les toca enfrentar y de ponernos claramente en defensa de su dignidad, del derecho humano a buscar una tierra donde vivir en paz.
2. El clima social se ha vuelto cada vez más exasperado. Preocupan los niveles de violencia en todos los ámbitos. Los debates se han vuelto cada

vez más agresivos y descalificadores. La justificación de la violencia como medio para exigir soluciones es muy grave. Al interior de las familias y en la convivencia cotidiana impresionan los niveles de violencia. Sin duda que es importante conocer y comprender las causas. Pero es fundamental comprender que la violencia no resuelve nada y casi siempre engendra mayores violencias. Nuestro modelo es Jesús, manso y humilde. Las enseñanzas del Papa francisco en *Fratelli Tutti* resultan muy apropiadas y necesarias. En este año de debates sociales debemos contribuir a mejorar la calidad del dialogo.

Este rápido recuento de desafíos no debe ser comprendido solo como dificultades. También en estos desafíos hay impulsos del Espíritu. La misma pandemia, con todas sus dificultades ha sido una preciosa oportunidad para detenernos y reconocer lo verdaderamente importante. Una oportunidad para las familias, incluso para medir la calidad y profundidad de nuestras relaciones en las comunidades. En medio de las limitaciones hemos experimentado la alegría de comunicarnos, de unirnos, ayudados por estos medios.

También ha sido una oportunidad para la formación. En rigor, descubrimos una herramienta que nos va a permitir desplegar nuevas modalidades de formación, complementando lo virtual y lo presencial.